en aquesta fiesta iban dando alabanzas a su criador y saltando con gran júbilo, de lo cual la verdadera esposa del verdadero David Cristo (que es la santa madre iglesia) no como Micol menosprecia, sino de ver tanta mies, se regocija ya en sus trojes, alaba y engrandece tales maravillas y grandezas de la omnipotente mano de Dios.

Éstas son palabras formales de aquel apostólico varón, que pienso que cuando las estaba escribiendo se encendía a cada renglón más, con ganas de dar a Dios mayores alabanzas, viendo que era uno de aquellos primeros ministros que llegaron a esta ciudad, a tiempo que no había uno que conociese a Dios, sino que todos adoraban al demonio; y que ahora veía tantos, por su predicación y por la de sus compañeros convertidos y hechos verdaderos adoradores, no en el monte, como los samaritanos decían, ni en el templo, como los judíos, sino en espíritu y verdad, como dijo Cristo a la Samaritana, que habían de adorar los verdaderos adoradores en su venida y conocimiento.[3] Y si en las entradas de los reyes en algunas ciudades se dice todo, desmenuzando el recibimiento que se les hace muy por menudo, y si se apeó o si quitó la gorra, ¿qué mucho que en este que se le hizo al rey del cielo en esta ciudad de Tlaxcalla, lo haya contado este santo religioso tan por entero? ¿Ni por qué he de ser yo culpado en referirlo, pues es caso digno de ser sabido? Para que en él sea Dios alabado y nosotros tengamos materia de pensar, que Dios entró de veras en estas almas indianas y las llamó con voz eficaz de verdadera conversión y conocimiento.

CAPÍTULO X. *De algunas condiciones naturales que tienen los indios para ayuda de su cristiandad, y cómo de su parte se pueden salvar si son ayudados*

UÉDESE AFIRMAR POR VERDAD INFALIBLE que en el mundo no se ha descubierto nación o generación de gente más dispuesta y aparejada para salvar sus ánimas (siendo ayudados para ello) que los indios de esta Nueva España. De los del Perú y otros no hablo, porque no los he visto; mas de éstos puédolo decir, pues los he confesado, predicado y tratado más de veinte y dos años. Y porque esta verdad parezca más clara, diré las condiciones y cualidades naturales que en ellos conocemos, muy favorables para hacer vida cristiana y para agradar a Dios, y por consiguiente para alcanzar la gloria del cielo. La primera condición de los indios es ser pacífica y mansa, que ambas a dos cosas pone el redemptor del mundo entre las ocho bienaventuranzas,[1] diciendo: Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra; es a saber, de los vivientes. Bienaventurados los pacíficos porque serán llamados hijos de Dios; y tanto que tratando de esta materia refiere cierto venerable obispo de estas Indias, en unos sus

[3] Ioan. 4, 23.
[1] Math. 5.

escritos, que habiendo estado entre ellos antes de obispo, no sé si quince o veinte años, no había visto reñir un indio con otro, sino solos dos mozos que el uno al otro se iban dando con los codos, sin hacerse mal; y lo mismo pienso que podría yo afirmar de tantos y por ventura más años, lo que he visto en especial en este pueblo de Tlatelulco, en causas tocantes a la obra de esta iglesia (que la hacen ellos) atravesarse y asirse unos con otros, en razón de defectos cometidos, o poco cuidado de algunos, o porque no son puntuales en sus obligaciones y no acudieron a traer las cosas necesarias de la obra, y reñir uno con otro y levantar un poco más la voz que lo ordinario, y aunque se dicen palabras de pesadumbre muchas veces, no es perdiendo el respeto ni trocando el lenguaje reverencial, con que de ordinario se hablan unos a otros; y si llegan a término de parecer que pierden la paciencia, concluyen su ira con venir a darme parte de sus enojos, y algunas veces me los he estado mirando y viendo la flema y reportación con que han estado riñendo, he alabado a Dios que crió gente tan mansa y que tan poco los enciende la cólera, y algunos que han salido algo más de este ordinario, los he visto amenazarse levantando el dedo en alto y casi llegándolo al rostro, como cuando nosotros los españoles decimos: Para ésta, y dicen, aguardad, que vos lo veréis; y con esto se acaban todas cuantas pesadumbres tienen, y en esto se cifran todas sus cuchilladas y muertes. Verdad es que algunos mozuelos hay que suelen llegar a las manos, pero éstos no son de los comunes, sino criados con españoles y otras gentes de esta ralea, con quien tratan y son ladinos; pero estos tales salen de su natural y siguen la mala costumbre que con otros han aprendido. Y si de los grandes y gente meramente indios, que siguen su natural, riñen y vienen a las manos, no es estando en su entero juicio, sino fuera de él y borrachos, que entonces se embravecen con la embriaguez; y como ya entonces no son ellos los que hablan, tampoco los que obran, sino el vino que los enciende. Y aun muchas veces, estando fuera de sí, se matan como bestias, sin ocasión ninguna; y algunos de estos mexicanos, que ahora se crían con la libertad que tienen, suelen traer algún cuchillejo y aun hacer con él algunos acometimientos, pero raras veces, teniendo juicio y no estando borrachos; que entonces (como digo) el vino obra. La causa de su natural mansedumbre es falta de cólera y abundancia de flema, y a esta causa padecen harto con nosotros los españoles que, como somos coléricos, querríamos no fuese dicho cuando fuese hecho, lo que les mandamos y pedimos; lo cual hacen ellos tan poco a poco que no nos pueden dar contento. También podría ser que esta su mansedumbre fuese adquisita, procurada y enseñada entre sí mismos, como a la verdad lo enseñaban los padres a sus hijos, aun en el tiempo de su infidelidad, y en los señores y gente principal no se podía notar mayor falta que verlos enojados; si se les daba ocasión por sus inferiores, mandábanlos castigar, mas sin mostrar turbación en el rostro, ni otros meneos, sino con todo el sosiego y reportación de el mundo. Y así de los sacerdotes y religiosos no pueden ver en ellos cosa que más los escandalice que reñir o verlos turbados cuando los riñen. Si el fraile que los tiene a cargo, sabida la culpa de un indio (aunque sea alcalde

de el pueblo o gobernador) lo llama aparte y se la reprehende con amor y caridad y le dice que para aplacar a Dios, a quien tiene ofendido, haga allí luego penitencia, se despojará con muy entera voluntad y se azotará él mismo, o se dejará azotar de otro y dará muchas gracias al fraile, diciendo que le ha hecho mucha merced.

A los principios de la conversión sucedió en la ciudad de Tlaxcalla que los de el gobierno de la república cometieron cierta culpa grande y digna de castigo; pero como entonces eran tan señores, y nada sufridos, porque nunca habían sabido de castigo, no había quién les hablase, y aunque el guardián (porque en aquellos primeros años no había otras justicias) quisiera tomar satisfacción de ella y castigarlos, no se atrevió; pero para convencerlos y salir con lo que pretendía hizo llamar a todos los culpados, que eran los cuatro cabeceras y otros señores sus consortes, y metióse en el capítulo de el convento con ellos, y sentándolos por su orden comenzó a proponer su pecado y culpa, afeándosela, como mejor supo (que era hombre docto y santo). Fue tal su persuasión que les hizo reconocerla y confesarla y luego los fue obligando a que se compurgasen de ella, porque así convenía, para alcanzar perdón de Dios y que convenía que se azotasen ellos mismos, y que porque no entendiesen que era pasión la que contra ellos tenía, ni enojo particular por ofensa que en su persona hubiese recibido, que él quería azotarse, juntamente con ellos, porque como padre quería ir a medias en el castigo de los hijos, como la madre, que teniendo el niño que cría a sus pechos enfermo, toma la purga para que su buen efecto aproveche al hijo; y sacando una disciplina de la manga se despojó de el hábito y comenzó a azotarse recia y rigurosamente. Los tlaxcaltecas, que le vieron desnudo y azotándose por culpa que el fraile no había cometido y ellos se conocían reos, atemorizados y espantados de el hecho, con grande presteza se postraron por tierra y cada uno comenzó a azotarse (o con disciplinas que debía de tener el guardián apercibidas para el caso, o con algunas que trairían, porque por aquellos tiempos de el fervor de su devoción eran muy raros los que no las traían consigo), y diéronse muchos y muy fuertes azotes por un muy grande rato, hasta que pareciéndole al guardián que bastaba, les hizo señal que lo dejasen; lo cual, acabado, quedaron estos señores tan compungidos de su yerro que quisieran volver de nuevo a la penitencia pasada, y prometieron muy eficaz enmienda y quedaron muy agradecidos al religioso, confesando que los había sacado de una grande ceguera y puéstoles delante la luz de el sol, para que viesen cómo caminaban y seguían el camino de su salvación. Esto hace el indio cuando ve que lo castigan con razón; mas si ve que le mueve enojo al que lo castiga y está con turbación, se le desvergonzará e irá a los ojos, o se irá a quejar de él o ya que más no pueda lo tendrá en mala posesión y dirá que es como un seglar y que por ventura no es eclesiástico (que es su modo de decir en estas ocasiones) sino hombre del mundo.

La segunda condición de los indios es simplicidad; por lo cual, si no hay en lo que con ellos tratan conciencia, son fáciles de engañar. ¿Qué mayor simplicidad que cuando al principio los españoles llegaron en cualquiera

parte de Indias, pensar que eran dioses o hombres de el cielo? ¿Aunque los veían con armas ofensivas y dañosas y recibirlos como a ángeles, sin algún recelo? ¿Y pensar que el caballo y caballero era una misma cosa? ¿Y también que los frailes no eran como los otros hombres seglares, sino que por sí se nacían? ¿Qué mayor sinceridad que tener en más estima las cuentezuelas de el vidrio que el oro? ¿Y en el tiempo de ahora, comúnmente (fuera de algunos pocos que han abierto los ojos) dejarse engañar a cada paso, comprando gato por liebre, zupia por vino, lo podrido por sano, sin hacer diferencia de lo malo que les dan, a lo que habría de ser bueno? Y ésta es una de las ocasiones por donde corren peligro las almas de los españoles en tierra de Indias, porque muchos no hacen conciencia de engañar a los indios, vendiéndoles por bueno lo que entre españoles que lo entienden no habría quien lo quisiese comprar de malo. Verdad es que algunos de los indios o indias, también saben, entre sí, usar este trato, a manera de gitanos, renovando lo viejo para que parezca nuevo, y los graneros, donde se coge la grana, saben cubrirla y rebozarla; pero también a ellos les rebozan los taberneros el vino, y aun muchos de ellos se lo aguan, y así pagan por donde pecan. Y aunque es verdad que algunos de estos indios hacen éstas y otras cosas, en el común de ellos, en esto y en todo lo demás, son fáciles para ser engañados por su sinceridad y buena confianza.

La tercera condición o calidad es pobreza y contentamiento con ella, cin codicia de allegar y atesorar que es el mayor tesoro de los tesoros, mayormente para un cristiano, que si de veras ha de seguir a su capitán Jesucristo, no ha de hacer más caso de los tesoros y riquezas de el mundo, que si fuesen un poco de estiércol, como lo hacía el apóstol San Pablo,[2] y se preciaba de ello y se contentaba con la comida que bastase a sustentar su cuerpo y vestido con que pudiese cubrir sus carnes. Esta doctrina ejercitaban, aun siendo infieles, los indios, como si se la hubiera predicado y metido en las entrañas el mismo hijo de Dios, que lo podía hacer; y la ejercitan ahora la mayor parte de el común, contentándose los más de ellos con su pan de maíz y chile o pimientos, con algunas yerbezuelas; pero si les dan carne o la alcanzan, de muy buena gana la comen; y en esto se conforman con lo que el mismo Apóstol[3] decía: Sé abundar a veces, teniéndolo sobrado, y sé padecer mengua y pasar con ella.

El vestido de el indio plebeyo es una mantilla vieja, hecha mil pedazos, que si mi padre San Francisco viviera hoy en el mundo y viera a estos indios, se avergonzara y confundiera, confesando que ya no era su hermana la pobreza, ni tenía que alabarse de ella. Esto sucedió a muchos religiosos pobrísimos que venían de España, que parecían por allá ser los más pobres remendados del mundo, y cuando llegaban acá y veían a los indios, encogían los hombros y confesaban ser más pobres que ellos. Pues entren en la casa del indio y las alhajas que hallarán en la choza (como la de San Hilarión, muchas cubiertas de humo) es una piedra de moler y unas ollas viejas y cántaros y una estera o petate, a veces roto y muy viejo, por cama,

[2] Ad Phil. 1 Ad Tim. 6.
[3] Ad Phil. 5.

para descansar en ella, y no es poco regalo, porque muchos no la tienen sino el suelo duro. Y no se engañen los que piensan que los indios no usan de la pobreza ni la conocen por virtud, ni a más no poder; porque un indio principal del pueblo de Tlalmanalco, ocho leguas de esta ciudad de Mexico, dijo a cierto religioso que los indios recibían grande ejemplo de ver a los frailes con hábitos remendados, porque sabían que los podían traer nuevos y por amor de nuestro señor Jesucristo querían andar pobres. Indios hay también ricos y que saben granjear y buscar lo que han menester y pasar con regalo su vida, pero son muy pocos en comparación de los otros muchos que son pobres. Y aun estos que entre ellos se pueden llamar ricos, no amontonan dinero para guardar en sus arcas, ni se fatigan por la dote que han de dar a sus hijas, ni por el mayorazgo que han de hacer en sus herederos, sino que en allegando ciento o doscientos o más pesos, conforme al intento que tienen, hacen para la iglesia un frontal o casulla o un cáliz o una imagen de un santo, con andas o sin ellas; y por festejar la ofrenda que hacen a Dios, convidan a sus parientes y vecinos. Otros, que no tienen tan buen espíritu, todo lo gastan en fiestas y en banquetes y, por el contrario, algunas indias viejas andan zanqueando y recogiendo con harto trabajo lo que ganan, andando cargadas de mercado en mercado, y su comer y vestir es como el de los muy pobres, y lo que afanan es todo para ornato de la iglesia, como arriba se dijo de algunas de éstas; y en conclusión es esto cierto, que no crió Dios, ni tiene en el mundo gente más pobre y contenta con la pobreza, que son los indios, ni más quitada de codicia y avaricia (que según dice San Pablo,[4] es raíz de todos los males), ni más larga y liberal de lo poco que tienen.

De humildad hartos ejemplos se pueden colegir de lo que hasta aquí se ha dicho, ¿qué más humildad que ponerse un gran señor a barrer la iglesia, como poco ha dijimos? ¿Qué más, que dejarse azotar, como un muchacho, como acabamos de decir? ¿Qué más desprecio de sí mismos que coger la basura en la ropa que traen vestida (que es uso general de todos ellos) y arrojar el sombrero en el suelo cuando han de hablar a quien tienen algún respeto?

De obediencia no tiene que ver con la suya la de cuantos novicios hay en todas las religiones; no parece, sino que con solos ellos hablaba el apóstol San Pedro,[5] cuando dijo: Sed súbditos y sujetos a toda humana criatura, pues que en solos ellos se verifica: blancos y negros, chicos y grandes, altos y bajos, todos los mandan y a todos obedecen, o de grado o por fuerza, porque nunca hacen repugnancia y contradición. No saben decir de no a cuanto les mandan, sino que a todos responden, mayuh (que quiere decir, hágase así), y aunque algunas cosas no hagan, porque no les cuadran, al menos el mayo ha de correr por todos los meses y tiempos del año.

La paciencia de los indios es increíble. Dijo el hijo de Dios en su evangelio,[6] que ninguno puede servir a dos señores juntamente; porque, o abo-

[4] Ad Tim. cap. 5.
[5] 1. Petri 2, 13.
[6] Math. 6, 24.

rrecerá al uno y amará al otro, o sufrirá al uno y no hará caso del otro. Y sin que falte esta verdad (como no puede faltar) vemos que sufre el indio a un grande número de mandones, sin saberse quejar ni chistar, ni murmurar, llevándolo todo con igual voluntad como si fuese obligado a todo.

También se prueba su paciencia en la facilidad con que perdonan las injurias y ofensas. Ninguno de ellos habrá sido tan ofendido que con mediana persuasión de un sacerdote deje de perdonar luego al que le ofendió. En la paciencia y conformidad con la voluntad de Dios con que mueren, quisiera alargarme un poco por ser muy notable y ejemplar para los cristianos viejos, y no puedo, por ir tan largo este capítulo; basta decir que ninguno de ellos muere con la inquietud y pesadumbre que muchos de los nuestros, mostrando alguna impaciencia, o que le pese de morir, sino con muestras de contento de que se cumpla en ellos la voluntad de Dios; y así lo responden de palabra al confesor o a otro que los quiere en aquel paso consolar, diciendo: Padre, ¿ya no sabemos que hemos de morir? Por ventura ¿es perpetua nuestra morada en la tierra? ¿No hemos de ir este camino cuando nuestro señor Dios fuere servido? Aquí estoy, hágase su santa voluntad. Y no sólo a grandes, sino también a niños me ha acaecido oír en aquel paso cosas que me dejaban admirado y enternecido de gozo, porque me parecía que los veía ir volando al cielo; y la razón porque en este caso nos hacen ventaja, es por estar ellos más despegados de los bienes y cosas de la tierra, y tener en el corazón más impresa la memoria de la brevedad de la vida.

CAPÍTULO XI. *De los beatos de Chocamán, y de otros indios que se han señalado recogiéndose en la religión*

OCTRINA ES DE EL BIENAVENTURADO APÓSTOL San Pablo, escribiendo a los romanos[1] (muy diferente de la que nosotros platicamos), que para con Dios y ante su divina presencia, no hay diferencia del judío al griego, ni del bárbaro al scita, ni del español al indio; porque él es criador y señor de todos, y tan rico y poderoso para el uno como para el otro, y obra en el uno, así como en el otro, cuando lo llama e invoca su santo nombre, y el mismo Señor nos lo dijo más breve:[2] El Espíritu Santo, adonde quiere, y en quien quiere expira e inspira buenos deseos y santos propósitos. Digo esto porque con ser los indios tan bajos y despreciados, cuanto algunos los quieren hacer, ha habido muchos de ellos que han mostrado muy de veras en sus obras el menosprecio de el mundo y deseo de seguir a Jesucristo, con tanta eficacia y con tan buen espíritu, cuanto yo pobre español y fraile menor quisiera haber tenido en el seguimiento de la vida evangélica que a Dios profesé. De estos muchos traeré a consecuen-

[1] Ad Rom. 10.
[2] Ioan. 3.